

niños con los monstruos que sopló Kientibakori cuando peleó con Tasurinchi. Ese fue el principio, parece. Antes, el mundo en que andamos, estaría vacío. [...] Ese día en que aparecieron tantos machiguengas. Esta es la historia de la creación. esta es la pelea de Tasurinchi y Kientibakori. Eso era antes. Allí ocurrió, en el Gran Pongo. Allí el principio principió. Así comenzó después, parece. Así empezaron a andar”.

Al final, el autor explica el sentido que para él tiene este trabajo de ficcionalización, explicación que parece valdadera para toda la literatura que se atreve por estos intrincados y tortuosos senderos y, además, aleccionador en cuanto a la posición del intelectual en nuestra América mestiza: “Porque hablar como habla un hablador es haber llegado a sentir y vivir lo más íntimo de esa cultura, haber calado en sus entresijos, llegado al tuétano de su historia y su mitología, somatizando sus tabúes, reflejos, apetitos y terrores ancestrales. Es ser, de la manera más esencial que cabe, un machiguenga raigal”. Y continúa: el que mi amigo haya prolongado “la tradición de ese invisible linaje de contadores ambulantes de historias, es algo que de tiempo en tiempo me vuelve a la memoria y desvoca mi corazón con más fuerza que lo hayan hecho el miedo o el amor”.

Trabajo fundamental de imaginación y fantasía, la ficcionalización de las lenguas indígenas en los textos literarios, forma parte de esa tarea mayor que consiste en reconocer una identidad latinoamericana una y plural, que no excluya la presencia y participación de pluralidades étnicas, sociales, lingüísticas y culturales. América Latina en vías de integración, exhibe todavía importantes zonas fragmentarias que, en distintos ámbitos, provocan el ajeno y el propio desconocimiento. Estos esfuerzos imaginarios –como el Neruda en el *Canto general*– son una apertura simbólica al otro que somos, con quien somos, indisolublemente, nuestra América.

<https://doi.org/10.29393/At472-18PLMO10018>

POESÍA DE LILIANET BRINTRUP

MAURICIO OSTRIA GONZALEZ
Universidad de Concepción

Antes estudiante y profesora de Literatura en la Universidad de Concepción; después estudiante y ahora profesora en Estados Unidos, Lilianet Brintrup nos sorprende con dos libros de poesía escritos en USA pero publicados en Chile: *En tierra firme* y *Amor y caos**. Poesía fundamentalmente amatoria, los textos de Lilianet Brintrup hurgan en las entretelas de los sentimientos, las pulsiones íntimas, las sensaciones contradictorias, atracciones y rechazos, encuentros y pérdidas, memorias y nostalgias, deseos y hartazgos, esperanzas y desengaños. “El amor –esa humedad membranosa– repta” entre las páginas de sus libros con un lenguaje desenfadado en que junto a las evidentes y conscientes reminiscencias librescas (Jorge Manrique, Bécquer, Machado, Miguel Hernández, Gabriela Mistral, Huidobro,

*Lilianet Brintrup, *En tierra firme*, Santiago, Ediciones del Azafrán, 1993. Lilianet Brintrup, *Amor y caos*, Santiago, La Trastienda, 1994.

Neruda, Gonzalo Rojas) asoma la palabra incisiva y desafiante de una intelectual que sabe lo que quiere: “ya es hora de salirse con la suya / y amar a quien se quiera, / a quien se pueda” [25]** y que se enfrenta a la dualidad de ser mujer e intelectual: “¿Dónde se pone a salvo el corazón / mientras el dato erudito / recorre el cerebro / y se desliza por tu columna vertebral? / ¿Dónde se pone la sangre / vertida por éxitos tristemente laureados? / ¡Díganmelo claro! / ¿Dónde se ponen las nuevas vísceras / que diariamente le crecen a las mujeres? [28]. “Las manos de una mujer que escribe / no son las de una intelectual / que también escribe // Hay ciertas asperezas / en los bordes de las uñas, / ciertas arrugas en sus palmas” [35].

En su primer libro, además, surgen persistentes las nostalgias de su Llanquihue natal: “Yo como bien / aunque con algo del dolor punzante / del torturado / por la patria y el hogar [...] Yo como bien / bajo la sombra del coihue / entre mis antepasados alemanes silenciosos / que orinen miel de abeja de los ulmos” [28-9]. Asoman entonces los ‘rincones de cilantro y frambuesa’, los ‘tulipanes amarillos’, las “escupideras de loza con tapas floreadas”, las “nalcas con sal a los postres de días ácido”, las ‘murras y maquis’, los ‘chilcos y coihues’. Los lejanos días infantiles oponen su carácter prístino y natural, “allá en mi infancia sudamericana / que era una cosa verde vista de lejos” [37], al aquí de la urbe metálica e impersonal: “Ahora / en la soledad de mi ‘green card’ / muerdo mi estómago / lleno de hambre / de praderas pálidas / y rascacielos quietos”. Y en una nueva versión del ‘todo tiempo pasado fue mejor’, se afirma con ironía desengañada: “La vida / ya no es mejor / ni nunca será mejor / que en la pantalla / de televisión” [41]. Uno de los aspectos más interesantes lo constituye la evidente lucha por una expresión propia, a veces, declarada en una poética explícita: “No quiero hablar corto, / ni rimar, / ni versificar, / ni estrofejar, / ni silabear. / El orgasmo de palabras / viene voluptuosamente / desde mi memoria ardiente / de dos besos rojos / atados a la tela de mi placenta / de cuando yo era una niña / de menos de un día” [50]. “Basta de síntesis, de poesía que se cierra sobre sí misma, de sentidos que no están más allá. No quiero ser poeta de voz cortada. No quiero darle poder nuclear a las palabras. Quiero extenderlas en la exacta medida de mi emoción [...]. No más síntesis. Se viene siempre de tan lejos, se ha andado caminos tan largos. Aborrezco a los sintetizadores de sonidos, de palabras y del amor [...] La síntesis ofende. La razón viola. La poesía de amor regenera. El verso corto, escueto, sepulta el deseo, corroe las esquinas del sepulcro de nuestra pasión largalarga” [72]. Ese “odio por la poesía breve” es desmentido, sin embargo, en el segundo poemario –dedicado enteramente al amor–, uno de cuyos más logrados textos es esta estupenda síntesis:

*Sólo tres cosas
después del vendaval:*

*los árboles otra vez alcanzan a ver sus hojas,
a veces sus ramas,
mi corazón entrevé la parsimonia de las hojas
de tu corazón;
en el amor un ojo llora más que el otro. Se tiene
un solo ojo después del amor [63].*

Como sea, buena cosecha que recibimos con alegría.

**Todas las citas, salvo la última, corresponden al primer libro.